

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION			PROPIETARIOS		PRECIOS DE SUSCRICION		
	Península.	Extranjero.	VIUDA É HIJOS			Semestre.	Un año.
Tres meses.....	16 reales.	» »	DE		Cuba y Puerto-Rico	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Seis meses.....	30 »	11 francos.	JOSÉ AMALIO MUÑOZ		Filipinas, Méjico y Rio de la		
Un año.....	60 »	21 »	FUNDADOR		Plata.....	3 1/2 »	6 »
Número suelto real y medio.			ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4.		En los demás estados de América fijan los precios los señores		
ÉPOCA 2. ^a —AÑO III.			Madrid 28 de Enero de 1879		Agentes.		
					NÚMERO 28		

SUMARIO

TEXTO.—Los grabados, por G. M. y M. P. V.—
Revista, por V. P. Nulema.—Consideraciones sobre las vidas de Santos, por D. Francisco Hernando.—El alma en vela (balada), por D. Vicente Barrantes.—Los locos, por D. Gabino Tejado.—Cuento, por D. A. Fernandez Guerra.—La Catedral de Sigüenza, por D. Manuel Perez Villamil.—El Castillo de Terziopelo, novela de Paul Feval, traduccion de D.^a Balbina Antúnez.—Poligrafía Jeroglífico.

GRABADOS.—Retrato del Emmo. Sr. Cardenal Patriarca de las Indias.—Excavaciones de Uclés—La Catedral de Sigüenza.

LOS GRABADOS

El Emmo. Sr. Cardenal Patriarca de las Indias.—Figura en primera línea entre los distinguidos prelados de nuestra católica España, el Emmo. Sr. Cardenal D. Francisco de Paula, Patriarca de las Indias. La ciudad de Baeza, de la diócesis de Jaen, le vió nacer en su seno el 14 de Mayo de 1810, siendo sus padres los Sres. D. Manuel Benavides y Zambrano y doña Francisca de Paula Navarrete, esclarecidos ambos, no ménos por lo ilustre de su cuna que por sus cristianas virtudes, las que procuraron grabar desde los más tiernos años en el corazon de su amado hijo. Decidido éste á abrazar el estado eclesiástico, hizo sus primeros estudios en su misma ciudad natal, en el Seminario de San Felipe Neri, pasando despues á continuarlos al Real Colegio de los Apóstoles San Bartolomé y Santiago de la ciudad de Granada, en cuya Real é Imperial Universidad, terminados los cuatro años de teología, y previos brillantes ejercicios, obtuvo el grado de maestro, continuando despues el estudio de los sagrados cánones.

Hechas las rigurosas pruebas de hidalguía y limpio abolengo, condicion indispensable para ingresar en las órdenes militares, en 1832 profesó en Uclés en la ilustre de los Caballeros de Santiago, trasladándose despues al colegio del Rey, que dicha órden poseía á la sazón en Sa-



EMMO. SR. CARDENAL PATRIARCA DE LAS INDIAS

lamanca, con objeto de proseguir sus estudios, los que una vez terminados, y de nuevo en Uclés, en la Real Casa Conventual recibió en 1836 la sagrada investidura del sacerdocio. Prévía oposicion obtuvo el beneficio curado de Colmenar de Oreja, propio de la Orden de Santiago, á cuyo frente estuvo hasta el año 40 en que lo renunció, trasladándose á Baeza á desempeñar el cargo de director y catedrático de moral, en el instituto de segunda enseñanza.

Nombrado en el año 47 Dignidad de Arcediano de Úbeda de la Santa Iglesia de Jaen, y despues Arcediano con residencia en Baeza, el año 53 fué elegido para desempeñar el Deanato de la Iglesia Catedral de Córdoba, puesto delicado é importante, que supo desempeñar con tal tino y acierto, que así el Prelado como los prebendados y personas más notables de la ciudad, le distinguieron constantemente, dándole pruebas inequívocas de consideracion y aprecio.

Presentado para el obispado de Sigüenza en Agosto de 1857, y preconizado por N. S. P. Pio IX en 21 de Diciembre del mismo año, bien á pesar suyo, y cediendo al dictámen de personas competentes, tuvo que admitir puesto tan difícil como espinoso. Consagrado con gran solemnidad en 14 de Mayo del siguiente año por el Emmo. Señor Arzobispo de Toledo, en la iglesia de las Sras. Comendadoras de Santiago, de esta Corte, tomó en seguida posesion del obispado, dando principio al gobierno de su diócesis. No es fácil narrar en breves líneas sus trabajos verdaderamente apostólicos, en los 18 años que desempeñó tan elevado cargo, y muchas veces en circunstancias difíciles, sabiendo no obstante captarse siempre el aprecio de todos sin distincion de partidos ni de clases.

En la visita pastoral, tan penosa en esta diócesis por los malos caminos; en la predicacion continúa; en las obras de caridad y en las disposiciones de su gobierno, consumia largas horas de trabajo, quedándole aún tiempo para escribir pastorales, y para pronunciar elocuentísimos sermones en la Corte, que le grangearon la fama que goza de literato y orador insigne.

Restablecida en España la monarquía, y reanudadas las relaciones con la Santa Sede, fué presentado para el importante cargo de Patriarca de las Indias, en el que fué confirmado por Su Santidad en Abril de 1875. El inolvidable Pio IX, con objeto de premiar también por su parte sus dilatados méritos y relevantes virtudes, le confirió en 12 de Mayo de 1877 la púrpura cardenalicia, motivo por el que tuvo que ir á Roma, donde ya ántes habia estado en 1862, con motivo de la canonización de los mártires del Japon, y en 1869 para tomar parte en el Concilio del Vaticano; como á principios del año que acaba de terminar, acudió con los demás cardenales españoles, para designar con su voto, como sucesor del Gran Pontífice Pio IX, al venerado Leon XIII, quien públicamente, y con motivo de la solemne recepcion de las órdenes militares españolas, dijo estas textuales palabras: *Bien sé lo mucho que os apreciaba y distinguía mi predecesor Pio IX, y yo, conocedor de vuestros méritos y virtudes, no os estimo y considero menos.*

Incansable en el trabajo, deseoso siempre de promover mejoras que redunden en bien de sus subordinados, tiene hace ya tiempo presentado un nuevo reglamento para la reorganizacion del clero castrense, pendiente sólo de la aprobacion del gobierno; ha restablecido las conferencias morales, para este mismo clero, organizándolas por vez primera, para la jurisdiccion palatina, proyectando además importantes mejoras, que harán, sin duda, sea su patriarcado uno de los más fecundos y gloriosos para la Iglesia, y para la doble jurisdiccion encomendada á su piedad y á su celo.

Títulos preclaros, y distinciones honoríficas, incluso el collar de la insigne Orden de Carlos III, puede ostentar el Emmo. Sr. Cardenal Benavides; pero su profundo talento y sus virtudes, es lo que más le realza y enaltece ante las personas que tienen la dicha de conocerle y admirarle.

G. M.

Excavaciones de Uclés.—En el término de esta villa, donde nuestro docto amigo el Sr. Fernandez Guerra coloca la celtibera *Urcesa*, se acaba de encontrar un vasto cementerio de época romana, de forma muy notable.

El Sr. D. Roman García Soria, vecino y propietario de la villa, ha tenido la bondad de darnos á conocer este descubrimiento, que pronto enriquecerá nuestro *Museo Arqueológico Nacional*.

Las excavaciones hechas por el Sr. Soria en su heredad de la Palmera, jurisdiccion de Rozalen, y las practicadas al propio tiempo en el Haza del Arca á un kilómetro de Uclés, han revelado la existencia de este cementerio, que no es un columbario, como los que frecuentemente se descubren en Italia, donde aparecen colocados los vasos cinericios en casilleros como de palomas, no muy diferentes de la estantería de nuestros modernos cementerios. Los vasos ó los platos que encierran las cenizas, se hallan cubiertos con otros platos ó platillos tomados de dura mezcla, y los vasos se descubren colocados, ora en grupos y entre fuerte argamasa, ora en hileras sobre el mismo suelo, de igual suerte que las sepulturas humildes ó de los pobres se abren en nuestros Campos Santos.

Todos los vasos aparecen como llenos de tierra, y es que las cenizas, con excepcion de algunos huesos muy duros, han vuelto á la materia de que se formaron los cuerpos. Pero entre tales despojos humanos, llaman la atencion los que se libraron de la hoguera ustrina en que fueron quemados los cadáveres.

Tales despojos son interesantísimos, y consisten en hebillas, bocas de vainas de espada y alguna moneda bilingüe de *Celsa* ó imperial anterior á los Antoninos.

Alguna vasija encierra despojos mujeriles y de niños, lo cual no debe extrañarse en un campamento romano. Si fueron enterrados á un tiempo tantos cadáveres de resultas de alguna batalla, no rara en el I y II siglo, como puede inferirse de los mismos Anales de Tácito, no es fácil de asegurar; pero á ello nos inclinamos.

En resolucion, este vasto cementerio pudiera dar motivo á algun descubrimiento importante, si merced á la diligencia del Sr. García Soria se descubriera alguna tésara hospital ó alguna Fálera con inscripcion, como sucedió en Paredes de Nava hace poco tiempo.

En el grabado hemos reproducido algunos de estos objetos para que nuestros lectores formen idea clara del descubrimiento.

- 1.º Vasija de barro para agua exclusivamente, de 16 cent. de altura.
- 2.º Tazon de bello perfil etrusco y elegantes asas.
- 3.º El mismo tazon á vista de pájaro. En su fondo ostenta una figura desnuda, notablemente colorida, la cual tiene bajo el brazo izquierdo un disco, y con la mano derecha muestra que acaba de arrojar otro en la palestra á gran distancia y sin fatiga ninguna.
- 4.º Tarro pequeño para esencias ó bálsamos, cercado por lo más ancho de resaltos en forma de diamante, haciendo veces de asas para que no pudiera caerse de la mano.
- 5.º Puño de espada con los gabilanes hacia arriba, faltando la hoja y la empuñadura, la cual debió ser de madera ó hueso y se calcinó en la hoguera. En el centro hay cinco circulos figurando clavos.
- 6.º Hebilla de gran tamaño, enroscados en espiral los extremos que unen la chapa principal al clavillo ó charnela. Es la forma de los que hoy se llaman alfileres imperdibles.
- 7.º Punta de lanza como de bohordo ó biraton, 11 cent.
- 8.º Vaso lacrimatorio de bronce, que estuvo dorado en su tiempo. Su altura 13 cent.
- 9.º Pieza de electro figurando una matrona riquísimamente adornada con perlas por cabeza y pecho. Fué parte sin duda ninguna de un collar, como lo muestran los dos pasadores que la atraviesan por los lados. Es figura de arte puramente español que tanto puede pertenecer al siglo augústeo como á la época visigótica. De tal manera se parecen la rudeza y barbárie de tiempos distintos.
- 10.º Hierro de lanza española, de 24 cent. de longitud.
- 11.º Campanilla de bronce con badajo, de 4 centímetros. Al rededor de su cono tiene fajas de ruda labor, distinguiéndose en esto de otras que se han encontrado completamente lisas.
- 12.º Tarro de barro para contener vino: 15 cent.
- 13.º Anfora de barro (28 cent.) destinada á contener cenizas.

14. Boca de bronce de la vaina de una espada. Su forma recuerda los monumentos persas, y no sería extraño que de aquella nacion militasen jóvenes en las regiones romanas, como de España militaban en todas las naciones del orbe; lo mismo en Judea que en Inglaterra, lo mismo en la Libia que á orillas del Danubio.

15. Vaso de índole etrusco, adornado con fajas de colores por su circunferencia y destinado á contener cenizas.

16. Vaso de bello perfil que asimismo contiene restos romanos.

La Catedral de Sigüenza.—(Véase el artículo publicado en este número).

M. P. V.

REVISTA

Por una serie de coincidencias, enlázanse nuestras revistas semanales como los eslabones de una cadena. Terminábamos la anterior hablando de los teatros de Madrid, y debemos comenzar esta con el mismo asunto, que es como comenzar un banquete por la dulzura y suavidad de los postres.

En la noche del 20 se estrenó en *Apolo* la comedia titulada *La Novela del Amor*, de nuestro querido amigo D. Valentin Gomez. Los lectores de LA ILUSTRACION CATÓLICA conocen y estiman lo bastante este nombre, para ahorrarnos elogios personales que en nuestra pluma podrian parecer apasionados. El Sr. D. Valentin Gomez es, aunque joven, antiguo escritor católico, curtido en las lides periodísticas, y muy querido en España de todos los buenos.

Prescindamos, pues, del autor para hablar de su obra, estrenada con éxito envidiable en el teatro de Apolo, ante un público numeroso y escogido, como suele serlo el que acude á los estrenos de las obras dramáticas.

La Novela del Amor es una comedia de costumbres, enderezada á probar la falsedad y peligro de los amores románticos que seducen á las jóvenes sin experiencia en los primeros pasos de la vida, y la índole propia del amor verdadero en que deben fundirse los corazones de los esposos cristianos.

El autor ha sabido exponer y probar su tesis con gran sencillez de medios, con situaciones interesantes y verdaderas, con personajes nobles y simpáticos, y con elegante prosa, salpicada de pensamientos oportunos y bellos.

El público aplaudió con sinceridad y entusiasmo, sin que influyesen para nada en el éxito amores ó antipatías personales, que tanto suelen pesar en la balanza de la musa dramática.

La comedia, en efecto, se basta á sí sola para interesar al público, para deleitarlo, dulce y suavemente, haciéndole aplaudir con espontaneidad y con entusiasmo sincero. Produce en el espectador el apacible gozo de las obras artísticas, que se parece mucho al blando reposo del viajero, fatigado y sediento, en las risueñas márgenes de arroyo cristalino y bajo las ramas de un árbol frondoso.

Despues de caminar por entre crímenes y vicios execrables; de percibir el olor nauseabundo de la carne podrida; de oír el rugido de las pasiones fieras ó el estertor de las agonías desesperadas; de ver la Moral por el suelo pisoteada y escarnecida por su hijo el Arte, *La Novela del Amor* es el reposo dulce y tranquilo del corazon fatigado por tan acerbo viaje, el agua limpia y pura que apaga la sed y refrigera el pecho abrasado de cólera, las ramas lozanas del árbol que nos cobija en su sombra, y el aire impregnado en los aromas del campo primaveral, que físicamente dilatan el corazon y moralmente dilatan el alma.

Y sin embargo, á juzgar por las representaciones sucesivas, *La Novela del Amor* dará pocas entradas al teatro de Apolo, donde se ha representado 54 noches *El Nudo Gordiano*, y pocas ménos *La Opinion pública*.

¿Qué significa esto? *La Opinion pública* es un drama monstruoso, escrito expresamente para horrorizar al público; *El Nudo Gordiano*, un drama

inmoral, asestado como ariete contra las paredes del hogar doméstico.

El público acude á ver estos dramas, y sale condenando el género, que le parece por lo menos *exagerado y peligroso*. Acude á ver *La Novela del Amor*, la aplaude con sinceridad, sale diciendo que la comedia es muy bella, y que este es el género que se debe cultivar para moralizar el teatro.

No obstante, los dramas calificados de perniciosos, obtienen del público favor ilimitado, y la comedia aplaudida sin reservas, á la segunda noche se queda sin público.

¿Qué explicación tiene este fenómeno, ante el cual retroceden espantados los géneos poéticos de nuestra buena escuela cristiana?

Es síntoma seguro y alarmante de la decadencia social que empuja á la barbarie. Para nosotros el teatro, más que *escuela de las costumbres*, como álguien le ha llamado sin motivo, es *barómetro de las costumbres*, y á juzgar por lo baja que se halla la columna barométrica, no estamos lejos de grandes tempestades.

El público, á fuerza de abusar de las bebidas alcohólicas y de las especies excitantes, ha perdido el paladar, y no tiene muy segura la cabeza; por esto, si se le quiere mover es preciso descargar sobre él las pilas eléctricas de las pasiones irritadas. Ni los vinos generosos, ni los dulces más exquisitos dejan huella sobre lenguas de vaqueta y estómagos de corcho.

La sociedad moderna, para sentir la acción de los alimentos, necesita comer carne cruda y beber botellas de petróleo.

Esta necesidad inspiró al escritor francés Emilio Zola su novela intitulada: *L'Assommoir*, publicada en París hace dos años con éxito fabuloso; y esta musa ha llevado al teatro la novela, consiguiendo enloquecer con sus brutalidades al público parisiense.

El ilustrado corresponsal que tiene *El Fénix* en París, refiere el argumento en estos términos:

«Un obrero, Copeau, de buenas costumbres, que se casa con Gervaise, laboriosa lavandera, aunque de pasado no del todo irreproachable, prospera mientras trabaja en su oficio de hojalatero, y logra establecerse. Pero una caída de un tejado, donde se ocupa en soldar la techumbre de zinc, le obliga á curarse una fractura en el hospital, y á una inacción de algunos meses, en que se entrega á la bebida y licores, hasta el extremo de morir en una casa de locos atacado del delirio alcohólico, después de haber hundido en el vicio y en la miseria á toda su desdichada familia. Tal es la síntesis de la pieza.»

La obra se está representando en París tan á lo vivo, que el público sale horrorizado del teatro.

Los billetes, sin embargo, se pagan á peso de oro, y la empresa *hace su negocio*.

Ahora bien, París es «la cabeza de la civilización moderna, la capital del mundo», según frases de Víctor Hugo; luego saquen ustedes la consecuencia y juzguen con ella de lo que sucede en casa.

Caminamos á *L'Assommoir* (la taberna) como la saeta al blanco y el reo al patíbulo.

En el teatro *Español* se ha estrenado un arreglo de Schiller, *María Stuart*, y se ensaya otro drama intitulado *Los dioses se van*.

El arreglo de Schiller puede llamarse arreglo como se llaman pelones á los que no tienen pelo; verdad es, que el drama original necesita bastante para ser digno de la escena española.

En cuanto al de *Los dioses se van*, desde ahora nos atrevemos á decir que es oportuno: parécenos variante poco distinta de la consabida frase: *Esto se va*.

En el teatro de la *Comedia* se estrenó anoche una revista que parece complemento de la frase anterior. Titúlase: *Esto, lo otro y lo de más allá*.

Todo se va, incluso el teatro Real que se va, según dicen, con la música á otra parte.

El actual empresario, que dejará pronto de serlo, piensa formar una compañía nueva para el año

que viene, que dará sus funciones en Apolo ó en Rivas. Con lo cual, tendremos música por activa y pasiva, y tiples y tenores para todas las orejas.

Hay quien dice, que de esta futura competencia, nada favorable al arte lírico, tiene la culpa el señor ministro de Hacienda, á quien se debe el nuevo arriendo del teatro Real.

La indicación nos parece demasiado dura, porque tratándose de un ministro de Hacienda, no faltará algún chusco que diga: Cuando el español canta, ó rabia ó no tiene blanca.

En este caso, la abundancia de teatros líricos es una revelación de nuestra bancarrota.

Al llegar aquí, la pluma deja de escribir y el papel se va de entre las manos.

V. P. NULEMA.

CONSIDERACIONES

SOBRE LAS VIDAS DE SANTOS.

Era, no há muchos lustros, cosa corriente en nuestra España, reunirse en familia á primera hora de la noche para rezar el rosario y leer después la vida del Santo del día. Tal costumbre, gracias al progreso de los tiempos, ha desaparecido, hasta el punto de que hoy ni siquiera en todas las casas piadosas se conserva, siendo muy contados los que guardan semejante memoria de las edades del oscurantismo.

Ya se vé; hoy tienen los padres de familia que leer los periódicos de su opinión política, deben los hijos estudiar matemáticas á todo pasto, y las niñas francés y piano, de modo que no es cosa de hacerles perder un cuarto de hora en la soporífera lectura del *Año cristiano*, ó de alguno de los diferentes santorales conocidos.

¿Para qué son útiles semejantes lecturas?—os dirán algunos padres de familia, si teneis el valor de recordárselas; y en seguida vereis como, con la mayor indiferencia, consienten á sus hijos libros perniciosos y forman la biblioteca de sus hijas con nauseabundas novelas.

Los resultados de tal indiferencia y de tan supina ignorancia, los vemos todos y los pueden ver mejor que nosotros los padres complacientes, porque sin salir de su hogar, los tocarán diariamente y á cada momento de su vida.

¿Son acaso sus hijos lo dóciles, sumisos, respetuosos y obedientes que ellos desearían? ¿No les asombran á cada paso con sus exigencias, ingratitudes y faltas de todos géneros? ¿No es en ellos cosa corriente y general el despego á la familia, y cierto horror al hogar doméstico que precozmente demuestran con su afición á vivir fuera de su casa y á pasar largas horas lejos de la vigilancia paterna?

Pues todas estas cosas, y otras muchas que hoy son corrientes, provienen del olvido de las costumbres cristianas, entre las cuales era una de las principales la diaria lectura de las vidas de Santos.

Para educar las almas, para desarrollar los caracteres, para darles el temple vigoroso y fuerza para luchar contra las malas pasiones y vencerlas, nada hay mejor que enseñarlos á tener á Dios siempre presente y ver así su acción providencial sobre los hombres, el paternal amor con que cuida de los suyos, y los innumerables beneficios que concede á sus amigos.

Nada hay tampoco que fortalezca más el ánimo y dé más vigor y brio á nuestra flaca voluntad, para emprender y seguir con firmeza el camino de la virtud, que el ejemplo diario de los que en ella se distinguieron, porque el ejemplo nos prueba que podemos hacer lo mismo que ellos y conseguir por los mismos medios el glorioso fin que ellos consiguieron.

Nada, por último, hay que consuele tanto nuestras penas, mitigue nuestros dolores y endulce las amarguras que el roce con el mundo nos produce, como la idea de que fuera de él está la felicidad, que esa felicidad es eterna é infinita y que á ella estamos llamados todos, grandes y pequeños, sábios é ignorantes, puesto que todos, cualquiera que sea nuestro estado, nuestra condición ó las circunstancias en que nos veamos, podemos alcanzarla, sólo con que pongamos por nuestra parte el cuidado que ponemos para el logro de cualquier asunto temporal.

Todas estas cosas á la vez nos enseña la historia de los Santos, porque ellos nos hablan de Dios en cada uno de los pasos de su vida, nos muestran su acción providencial sobre el hombre, nos revelan su amor, nos enumeran sus beneficios, al mismo tiempo que con su ejemplo nos animan á ir por el buen camino y endulzan nuestras penas con la segura esperanza de que, imitándoles, podremos lograr la paz de que gozaron en este mundo y la infinita felicidad de que gozan en el otro.

Grandes, inmensas son estas ventajas, mas no son las únicas que nos proporcionan, el considerar la vida de los Santos y estudiarlas, porque de sus dichos y de sus hechos, de sus palabras y de sus acciones, de su conducta toda brotan tales enseñanzas y tan portentosos raudales de luz, que bastan para formar los corazones, iluminar los entendimientos y dirigir con acierto las voluntades de todos los hombres.

¿Quién niega hoy día la importancia de la historia? ¿Quién se atreve á disputarla el título de maestra de la vida, que hace siglos la dió el orador romano? ¿Quién no recomienda su lectura á la juventud para que, inspirándose en el ejemplo de los grandes hombres, ame las virtudes que los distinguieron y procuren imitarlos? Y sin embargo, en la historia universal ni la virtud ni la grandeza son cosas corrientes, ni las enseñanzas que se desprenden de los sucesos, considerados humanamente, son todas ejemplares. El mal parece que brilla en ella como rey absoluto. El primer hombre nos dá con su caída funesto ejemplo, y desde Adam hasta el día, para encontrar en la historia del mundo algo bueno, es preciso pasar ántes por multitud de hombres degradados, pueblos envilecidos, reyes despóticas y tiranos, repúblicas crueles y sanguinarias, y gobiernos completamente pervertidos. Por cada héroe que se encuentra en la historia del mundo, hállanse ántes millones de malvados, y por cada acción buena que se lea, habrán de leerse ántes millares de millones de crímenes.

La historia de los santos ofrece en su estudio precisamente los caracteres contrarios, pues que para lograr título de santo, es preciso ser más que héroe, y no sólo no cometer crímenes, sino proscribir hasta las imperfecciones.

Son los Santos, obras maestras de la divina gracia, espejos fidelísimos que retratan las perfecciones infinitas; flores celestes que exhalan admirables aromas; tesoros inagotables que encierran abundantes riquezas; fuentes cristalinas de donde manan todas las virtudes; son admiración de los sabios, consuelo de los débiles, esperanza de los atribulados, alegría de los afligidos, enseñanza de los ignorantes, modelos de la vida, y guías seguros de todos nuestros caminos. Con su fe elevan la nuestra, con su piedad sacuden nuestra tibieza, con su caridad borran nuestros malos sentimientos, con su constancia vencen nuestra debilidad, con su firmeza nuestra irresolución, con su paz y confianza en Dios, nuestras agitaciones y temores. Porción selecta y escogida de la humanidad, nos reconcilian con nuestra naturaleza inclinada al mal, mostrándonos prácticamente el modo de vencerla. Ellos nos dan verdadera idea de nuestra grandeza, de la dignidad de nuestro destino, y de la incomparable suerte que podemos lograr, con ponernos á la vista la que ellos lograron en esta vida y en la otra, ganando la amistad de Dios. Ellos, en resumen, nos hacen suave el camino de la perfección, fácil la victoria de nuestras malas pasiones, sencilla la conquista del reino del cielo, porque además de prometernos su ayuda para tales obras desde la feliz mansion en donde moran, nos ponen de manifiesto que tropezaron ántes de lograr la bienaventuranza eterna, con las mismas dificultades que nosotros, que tuvieron los mismos, y quizás mayores obstáculos que tenemos, y que pudieron vencerlos y llegar á dominarlos, como nosotros podríamos, con solo querer como ellos quisieron.

Ahora bien, si los Santos son todo esto y mucho más, y nos sirven para lo que hemos indicado, ¿puede darse en el mundo cosa más importante que el conocer su historia, ni nada más necio que el despreciarla?

Pues precisamente á conocerla se aplicaban nuestros padres, y á vilipendiarla ó descuidarla nosotros. Y, precisamente cuando estas historias se conocían, si no eran santos todos los hombres, eran por lo menos más abundantes los hombres honrados,



las buenas madres de familia, los hijos cariñosos, las hijas modestas y hacendosas, que lo que lo son en estos tiempos en que se olvidan tales enseñanzas.

Dícese generalmente que en esta época se han perdido los caracteres; que hoy todo el mundo aparece al mismo nivel, y nadie sobresale, mas ¿se ha buscado la causa de este rebajamiento general? Sin querer profundizar las investigaciones, que nos llevarían demasiado lejos, podemos afirmar, que mucho ha contribuido á ello el olvido de las vidas de los Santos. Antes todo la juventud se educaba oyendo diariamente hablar de virtud, de deber, de abnegación, de heroísmo; ahora sólo se oye hablar de conveniencia, de interés, de riqueza, de comodidad. La juventud tiene afán de saber, amor á todo lo grande, generosidad de sentimientos; recibe con facilidad las impresiones que se la dan, y generalmente las conserva durante su vida. Como tiernos árboles, absorben los jóvenes con avidez el riego con que se les fecundiza, y siguen dócilmente el rumbo que se les marca. Las vidas de los

Santos marcábanles el camino de la rectitud, de la justicia, de la bondad, de la verdad y de la virtud, y en cambio ¿cuál es el que se les marca ahora? Lecturas para niños hemos visto, en estos tiempos, destinadas á sembrar en sus almas las horribles tinieblas de la incredulidad y de la duda, y para jóvenes, no pocos libros de texto hay en los centros oficiales de enseñanza, que forzosamente han de pervertir su inteligencia y falsear su voluntad, sin contar, por su puesto, con multitud de novelas, de historias, peores que las mismas novelas, de periódicos y de folletos que han de exaltar su imaginación, empuñeñecer su juicio, torcer sus buenos sentimientos, y causar horribles extragos en todo su ser.

¿Cómo no han de salir ahora caracteres entecos, almas pequeñas y miserables, corazones mezquinos y aviesos, si en vez de saludables alimentos se proporcionan á los jóvenes del día espantosos venenos é inmundas pócimas?

Y lo temible de este desorden es que los mismos

que se lamentan de él y se quejan á voz en grito de la insana literatura que tantos corazones perverte, son los mismos por regla general que se rien de los padres de familia que hacen leer á las suyas vidas de Santos, y los mismos que creen no sirven estas para nada práctico, como si no fuese práctico hacer á los hombres mejorar de lo que son, mantener el amor al hogar doméstico y desarrollar las virtudes privadas y públicas de los que luego han de desempeñar en la sociedad toda clase de empleos.

Práctico, para ciertas gentes, no es hoy más que lo que inmediatamente produce dinero, y como las buenas lecturas no dan resultados visibles y metálicos, figúranse que para nada valen.

Mas hay otros que, comprendiendo que con buenos libros se mejoran las costumbres, se ilustran los pueblos, se elevan las almas, se engrandecen las inteligencias y se difunde el saber, no consideran como lecturas convenientes para la vida práctica las vidas de los Santos, por figurarse que todas



EXCAVACIONES DE UCLÉS

ellas son quimeras y ensueños forjados por imaginaciones fanáticas, y que por lo tanto sólo pueden servir para extraviar los sentimientos de la multitud y hacer huir á las gentes de la vida real.

Este género de censores, evidentemente más nocivo que otro alguno, prueba solamente que ni conoce el asunto de que habla ni cree en la divinidad del cristianismo, el cual á pesar de todo lo sobrenatural que le rodea, es real y práctico en cuanto que para la práctica de la vida del hombre fué establecido.

Otros, por último, creen que no hay en las vidas de los Santos más que patrañas y cuentos de viejas, presentados en forma grosera, y que no pueden resistir á la crítica literaria, cuando precisamente las vidas de los Santos han inspirado á los grandes poetas, pintores y artistas de todas clases, que ha habido en los pueblos cristianos.

Vidas de Santos inspiran los primeros poemas latino-cristianos, vidas de Santos los primeros pasos de la lengua castellana, vidas de Santos ilustran

los pinceles de Rafael y de Murillo, de Zurbarán y de Lesueur, vidas de Santos dan á Lope y á Calderón admirables asuntos para hermosos dramas, y vidas de Santos hacen en estos tiempos la reputación literaria de distinguidos escritores extranjeros.

El que haya vidas de Santos escritas con poco criterio ó soporífero estilo, no prueba que como género literario sean malas, sino el que que ha habido escritores malos que han escrito tan mal de ellas como de cualquier otra cosa que hubiesen tratado.

Como asunto literario, pocos, ó quizás ninguno, ofrecen á los escritores que quieran distinguirse honradamente, más abundante y hermoso campo. Entran en él á la vez la teología, la historia, la filosofía, la poesía, la crítica racional, el conocimiento del mundo, del corazón humano, de las leyes providenciales por que se rigen hombres y sociedades, y de las interesantes relaciones entre el mundo natural y el sobrenatural.

Variedad infinita de asuntos, de épocas y de

caracteres, presentan las historias de los Apóstoles, los Mártires, las Vírgenes, los fundadores, los doctores, los confesores, los Pontífices, los reyes, los mendigos que con sus virtudes han alcanzado la santidad. Bellezas incomparables tienen todos en sus vidas; como que todos son facsímiles de la infinita belleza; grandezas sanas, como que todos, divinizando su vida, engrandecieron sumamente la pobre naturaleza humana. El que quiere buscar ese interés que produce la lucha entre el bien y el mal, ¿dónde puede hallarle comparable al que nos presenta San Agustín en la primera parte de su vida, en que atormentado por las dudas, los errores y los extravíos de su juventud, recorre las escuelas filosóficas, y los pueblos célebres de la antigüedad, sin encontrar sosiego ni reposo hasta que lo halla en Dios? ¿Quién que ame la pureza, la ciencia, la contemplación de las altas cuestiones filosóficas, puede hallar una vida de estudios y trabajo comparable á la de Santo Tomás? ¿Quién una caridad, una humildad, un amor tan exuberante como el

que San Francisco de Asís nos demuestra hasta en las menores acciones de su vida? ¿Qué conquistador, ni qué guerrero ofrece en su historia una influencia tal sobre su época, como la que ejercen en los suyos Santo Domingo de Guzmán y San Ignacio de Loyola? ¿Qué hombre de mundo conoció el corazón humano como San Francisco de Sales, el santo de la amabilidad, de la dulzura y del cariño, mezclado á la sabiduría y la prudencia? ¿Qué madres pueden presentarse comparables á Santa Mónica? ¿Qué esposas y qué reinas como

Santa Isabel, y qué escritoras como la gran Santa Teresa, honra de España y de la Iglesia?

Crean algunos que los Santos son flores, sí, pero arrinconadas, que crecen sólo en los desiertos ó en las soledades del claustro; que están como aislados del mundo y que no ejercen ninguna acción social, cuando precisamente es lo contrario, porque no sólo los santos que brillan en los tronos, en las cátedras, en los altos puestos, sino hasta los que humildemente se encierran en los claustros, ejercen con sus virtudes y ejemplos una influencia tan

grande en la sociedad, que sin que ésta lo piense, son sus guías y sus sostenes.

Además los Santos son, como la Iglesia, universales. Los hay en todos los países, en todas las épocas, en todos los puntos del globo; lo mismo florecen bajo el imperio de los Césares romanos, que en la corte de Felipe II; lo mismo en las playas de Africa que en la emponzoñada atmósfera de París, lo mismo brillan en la China que en el Brasil, que para ellos todos los pueblos, todos los climas son buenos, porque todos cantan la gloria de Cristo



CATEDRAL DE SIGÜENZA

crucificado, á quien sirven con toda su alma.

Empresa noble y digna de las mejores plumas es por lo tanto el escribir sus historias, y el escribirlas, no á la ligera, sino como quien hace una obra excelente. ¡Oh! Si los escritores católicos se convencieran de esta verdad y si cada uno dedicara su talento á escribir la vida de alguno ó de algunos de los siervos de Dios que más le agradará por sus virtudes, la literatura patria ganaría muchísimo y no sería pequeño el bien que se hiciese á la nación!

Rehabilitarse de este modo la afición á la lectura de la vida de los Santos, iríanse poco á poco

restaurando las costumbres cristianas y con ellas ganarían la moralidad pública, la verdadera ilustración y sobre todo las almas de multitud de gentes, á quienes ahora pierden miserablemente los malos libros.

España, que tiene multitud de grandes Santos, debiera más que otra nación popularizar sus historias, porque aquí, al fin y al cabo, ni se ha perdido la devoción ni ha dejado el pueblo de acudir en sus necesidades á la protección de los Santos, que tanto la glorificaron con sus virtudes.

FRANCISCO HERNANDO.

S. Juan 16 Enero 1879.

EL ALMA EN VELA

BALADA

Cuando tiende la noche
su manto negro,
enmudecen las tumbas
del cementerio;
porque los vivos,
que despiertos olvidan,
¿qué harán dormidos?



Pero la tumba blanca
del tierno infante,
resuena cual capullo
que se entreabre;
porque ni en sueños
una madre se olvida
de su hijo muerto.

Entre sueños se abrazan,
y se sonríen,
y él, desde su sepulcro,
—«Calla,»—la dice;
«no sueñes, madre,
no sueñes más conmigo,
que soy un ángel.»

«Cuando tu mente vela,
madre querida,
mi pobre alma no puede
dormir tranquila;
que cada lágrima,
cada suspiro tuyo
me llega al alma.»

«Y en esta blanca tumba,
donde reposo,
me conmueve y me pone
lleno de gozo,
como una gota
de rocío conmueve
la blanca rosa.»

Y su madre dormida
responde:—«Calla,
no me impidas que sueñe,
prenda del alma,
ni que te llore
como llora el rocío
sobre las flores.»

«Como en mis tiernos brazos,
madre amorosa,
te arrullé en otro tiempo,
te arrullo ahora.»
Hijos y madres
no hay sepulcro ni muerte
que los separe.

VICENTE BARRANTES.

LOS LOCOS

Largo trecho llevaba ya el sol dorando la nebulosa mañana de un Miércoles de Ceniza, cuando mis dos amigos salían del baile, en donde habían entrado á las doce de la noche anterior. Pálido y descompuesto el rostro, turbia la pupila y enrojecidos los párpados, como tenía que suceder tras el insomnio y la crápula y el saltar y el chillar en horrendo aquelarre, ibanse tambaleando dentro de sus dominós, sin sospechar siquiera lo que á tal hora y con semejante catadura padecía su dignidad de hombres, y se oscurecía su diadema de cristianos.

A la misma hora dos capuchinos, con rostro también macilento, pero con paso firme, salían de una casa, en cuya bohardilla también habían entrado á las doce de la noche anterior, y acababan de despedir para el eterno viaje á un pobre menestral, muerto de fiebre contagiosa.

Paráronse los dos amigos, contemplaron un momento aquella especie de aparición, miráronse despues, no se sabe si con asombro ó vergüenza, y el que más provecho parecía, dijo á su camarada: «No hay medio; ó estos ó nosotros estamos locos.»

La verdad es que unos y otros lo estaban: por amor de locura los primeros; con locura de amor los segundos.

¡Horrible, horrible!

De aquellos dos frailes, el uno era primogénito de grande de España. La naturaleza, obediente á los designios de la Providencia divina, le había dado complexión robusta, cuerpo gentil, semblante hermoso, talento agudo, corazón tierno. La alteza

de su estirpe, el amor de sus padres y sus pingües rentas prometían á su juventud un paraíso de deleites, donde gozar plenamente el fruto de aquellas prendas naturales junto con todas las honras que el mundo lisonjero prodiga siempre al valimiento y la fortuna.

Pero él pensó que la locura de la Cruz era mayor granjería, y hollando el ludibrio de mucho negocio, y sobreponiéndose al no inoportuno consejo de muchos prudentes según la carne, y triunfando de muchas lágrimas suyas y ajenas, vistiéndose un tosco sayal, y sepultándose en una celda humilde. Allí estudia, reza, mortifica sus sentidos, obedece sin murmurar á su prelado (hijo, por cierto, de un lacayo de su casa), y no sale de allí sino para enseñar el Catecismo á rapazuelos andrajosos, para predicar á turbas que le desprecian, visitar hospitales apesados, auxiliar á indigentes moribundos, mendigar el pan de cada día, y arrostrar la amenaza y bendecir el insulto de innumerables que ayer le aborrecían envidiosos y hoy le detestan impíos.

Come, no todos los días, ni siempre abundante, los restos del cotidiano banquete que en la portería de su convento reparte al mendigo. Duerme sobre tablas desnudas, y reposa en una piedra su cabeza, y ni aún este mezquino descanso le consiente la campana que á media noche le grita llamándole á pedir á Dios misericordia por los que á la misma hora duermen, juegan, seducen, roban, matan, ó quizás trabajan, padecen y gimen. El sayal que en verano le abrasa, no le abriga en invierno. Comparados á todo su tenor de vida, los perros de la casa de sus padres son dechados de molición.

Pues de este hombre, que así entró á vivir porque quiso; que así vive porque quiere, y que así ha resuelto libérrimamente esperar su última hora; da este hombre, digo, hay quien pregona iracundo que es un azote de la libertad, un holgazán sibarita y un enemigo del pueblo.

¡Horrible, horrible!

—¿Conque sabes el gran disgusto que hay en casa de mi principal?

—Por fin, ha quebrado... Bien decías tú que tanto aventurarse había de parar en ruina...

—¡Cál no es eso; precisamente ayer hicimos el balance, y sacamos un activo líquido de veinte y pico millones...

—Pues entonces ¿qué disgusto es ese?

—¿Qué ha de ser? Que se le ha escapado de casa la chica menor...

—¡Pepita! ¿Qué me cuentas? ¿Quién lo hubiera pensado al verla tan gazmoña, tan metida en sí... ¿Cuánto apostamos á que el cómplice es algún neol...? ¿Y no saben el paradero de la niña?...

—Sí por cierto: se lo he escrito ella misma á sus padres. Está en el convento de las Capuchinas...

—Vaya, menos mal. Siquiera el raptor la ha depositado en lugar decente...

—No, sino es eso. Es que encaprichada con sus beaterías, por lo visto se le han calentado los cascos á lo divino, y segura de que sus buenos padres no la habían de consentir el disparate que llama ella su vocación...

—¡Calla! ¿Quiere ser monja?...

—¡Y capuchina!

—¡Qué barbaridad! Una muchacha tan bonita, con tres milloneros de dote, á más de lo que atrape en cerrando los viejos el ojo... ¡Y criada con tanto mimo!... ¡Pero esa chica se ha vuelto loca!...

—Quien corre peligro de volverse loco es el padre, y sobre todo la madre, que están más muertos que vivos...

—Pero algo habrán hecho. ¿Por qué no acuden al alcalde, al gobernador, al ministro?...

—Ya lo han pensado; pero la chica, según parece, se ha agarrado á buenas alabas. Y luego, la muy mogigata, en el papelote que ha escrito desde el convento á sus pobres padres, les dice en resumen, que de allí no la sacarán sino á pedazos, y por Dios y los santos les ruega que la dejen en paz, y les hace mil protestas de que los quiere con toda

su alma, y que les agradece de todo corazón cuanto han hecho por criarla y educarla, y que pedirá á Dios que los colme de todo bien... ¿Qué sé yo cuántas otras canciones por este estilo?... Y que no tienen motivo para afligirse; que al cabo en la misma población se quedan todos, y que podrán verse con frecuencia, y saber unos de otros á toda hora... Y *mamita* mía por acá, y *papaito* mío por allá... En suma, tengo para mí, que á los pobres señores el suceso les había de costar la vida, sino les quedara el consuelo de la chica mayor, ya sabes...

—¡Sí, la Juanita! Esa sí que es muchacha juiciosa. Bien se merece el fortunon que se la entra por las puertas...

—¡Ahí es nada! Un novio cien veces más rico que ella. Sólo el ingenio que tiene en la Luisiana y sus dos minas de California... ¡Qué hombre, qué hombre! No hay como estos anglo-americanos para llevarse el mundo por delante... Y lo que mi principal dice: «Aunque la chica no está desnuda, bueno es un pan con un pedazo.»

—¡Ya lo creo! ¿Qué reina se puede comparar con ella? Será la envidia de todas las ricas hembras del Nuevo Mundo...

—¡Y apenas el novio la quiere lucir! Sólo para llevar el equipaje ha tomado por su cuenta un tren que pasee á los recién casados por toda Europa, y luego un magnífico vapor que los instale por de pronto en Nueva-Orleans, mientras van á ocupar el suntuoso palacio que les están construyendo en San Francisco... Un poco lejos está; pero como la mamá dice muy bien: «Hoy ya nada está lejos: el vapor y la electricidad han suprimido las distancias...» ¡Qué boda, qué boda!... No, y la cosa ha sido como el relámpago. Quince días há, estuvo el yankee á cobrar una letra en casa; le convidan á comer, vé á Juanita, y mi hombre quedó flechado... Tan buen mozo, tan rico, tan espléndido, no puede menos de hacer muy feliz á su mujer...

—Por supuesto, mientras la otra simple pasará la vida encerrada entre cuatro paredes, vistiéndose jerga, comiendo aluvias, y por todo divertimento, cantar latinajos que no entiende, con acompañamiento de disciplinas...

—Para que se vea lo que va de cuerdo á loco....

¡Horrible, horrible!

Quisiera no conocer sólo de oídas un libro al cual titulan *El ente dilucidado*, y entre cuyos capítulos me aseguran que hay uno «Sobre si los locos lo son ellos ó nosotros.» Agudo ingenio tenía sin duda el autor de tan estrambótico problema; pero digo que para tratarle debidamente, se comprometió nada menos que á escribir la historia del género humano.

GABINO TEJADO.

CUENTO

Muerto de sed, á la viva
llama del sol estival,
echando pestes iba,
mal calzado y cuesta arriba,
un estudiante parda.

Llega por fin á la venta;
y una vieja que amedrenta,
ofrece al futuro Baldo
agua que parece caldo
en jarra mocha y mugrienta.

Colorado y amarillo
la coge, el discurso agota
buscando virgen portillo,
y encuentra, hacia el asa rota,
oculto un agujerillo.

A él los labios aplicó
del pródigo hallazgo ufano;
y la vieja que lo vió,
exclama: «Teneis, hermano,
el mismo gusto que yo.»

A. FERNANDEZ GUERRA.

LA CATEDRAL DE SIGÜENZA

De la arquitectura se ha dicho, y con razón, que ha escrito con sus piedras sobre la superficie de la tierra la historia de los pueblos. Ella es, en efecto, de todas las bellas artes la que presta datos más auténticos al historiador para formar exacta idea del carácter genial, y las afecciones íntimas de las diversas naciones del mundo, pues uniendo lo útil á lo bello, expresa las necesidades del cuerpo y del espíritu, y es fiel espejo de la vida humana. De aquí resulta una verdad evidenciada por todos los historiadores, que cada pueblo tiene su arquitectura propia, donde claramente se refleja la originalidad de su carácter. Mejor que en los libros de los historiadores, á contar desde las crónicas de los Brahmanes hasta las que ahora arrojan las prensas de Europa, puede estudiarse la fisonomía particular de los pueblos en los monumentos arquitectónicos; porque la verdad escrita en mármoles y en bronce, ni es fácil desfigurarla, ni puede borrarse de una plumada, para interrumpir el curso majestuoso y providencial de los siglos y de las generaciones.

Ahora bien; España no puede ser la excepción de esta regla universal, comprobada por los siglos, que lo mismo alcanza á los pueblos que vegetan en grutas de tierra, que á los que brillan con todas las galas de la *civilización* en ciudades babilónicas. España tuvo su arquitectura propia en la Edad Media; arquitectura en que se reflejan los sentimientos más vivos y ardientes del pueblo español durante la Reconquista. En los siglos XII y XIII, cuando era más empeñada la lucha contra el islamismo, merced á las conquistas de Alfonso VI y de San Fernando; cuando el estandarte de la Cruz ondeaba victorioso sobre las torres y adarves de Toledo, Córdoba y Sevilla; cuando el valor y la fe de los españoles se hallaban en su apogeo, levantáronse en nuestras ciudades, y hasta en nuestras aldeas, templos y catedrales, donde el genio nacional grabó el sello de su carácter religioso y guerrero.

Verdad es que la *piedad católica* y el *heroísmo caballeresco* no son exclusivos de España en esa época, y por eso los monumentos arquitectónicos de toda Europa ofrecen á la sazón visibles muestras de afinidad; pero como en nuestra patria tales sentimientos eran más puros y más robustos que en las demás naciones europeas, el arte había de reproducirlos en sus obras con mayor fuerza y eficacia.

Basta colocarse delante de la catedral de Sigüenza, y contemplar su severa, robusta y grave fisonomía para persuadirse de lo que digo. Sus denegridos muros, sus torres cuadradas y macizas, coronadas de almenas, sus fuertes y desnudos estribos, su conjunto sombrío, falto de delicadeza y de ornato, están diciendo al observador, con el mudo lenguaje del arte: «Yo soy la obra de aquellos héroes, que con constancia indomable defendieron durante ocho siglos los altares de Cristo contra las asechanzas de los moros; soy el símbolo vivo y permanente de la piedad y del heroísmo; soy un canto de la epopeya nacional, escrita en los aires con moles de piedra, para inmortalizar los combates y victorias del pueblo español.»

¡Cuán dulces horas, llenas de profundo entusiasmo, he pasado oyendo este lenguaje, con la atención fija en la magnífica catedral; que sobre todo de noche, á la luz de la luna, cuando la silueta oscura del templo se destaca vigorosa sobre la plateada bóveda del cielo, como la sombra de un castillo defendido por dos gigantes, convida á muy altas y sublimes meditaciones! Asaltan la mente los recuerdos de la Edad Media; el corazón palpita al calor de la fe de aquellos siglos; todas las glorias y todos los triunfos de la reconquista pasan ante los ojos, que asombrados se recrean en el aspecto majestuoso del templo español, y no parece sino que trasladado uno á los días de Alfonso VII, respira en el aire el aroma de la piedad, que brota de las piedras da aquel insigne monumento cristiano.

Tanto en el exterior, como en las naves de la catedral de Sigüenza, no hay que buscar la gracia y galanura de los ornatos que la arquitectura ojival derramó sobre sus aéreas y gallardas construcciones. Este templo, como una fortaleza, es duro y parco de ornatos, cual cumple á la rudeza marcial del genio español en los días de la Reconquista. En

los dos ángulos de la fachada levántanse, á grande altura, dos torres cuadradas, sin adornos ni molduras, con estrechas ventanas, que más bien parecen saeteras, y corona de almenas, que rematan en bolas. Dos robustísimos contrafuertes marcan la distribución interior del templo en tres naves, y en el muro frontero á cada una, ábrense sus respectivas ventanas, que en la del medio consiste en un magnífico roseton, con doce columnas bizantinas á modo de rayos de rueda. En las tres portadas, correspondientes á las tres naves, el arco de herradura aparece sobre las severas pilastras, que cubren el grueso del muro, mostrando así en los pormenores, como en el conjunto, la traza y disposición de esa arquitectura severa, que ha dado en llamarse en España bizantina ó románica. El mismo aspecto, aunque en diversa forma, presenta el edificio por la parte de Mediodía. Extiéndense las naves de un extremo á otro, con ventanas entre los tres estribos en que se divide el muro, y levantándose á un tercio de altura sobre la menor la nave central, en cuyas ventanas el arte gótico ensayó sus ojivas y trepados.

El interior de la catedral es aún más grandioso y severo, si cabe, que su fachada. Los gruesos pilares, formados por esbeltos haces de columnas; las altas y sombrías bóvedas, cruzadas por gruesos nervios, que trazan la aérea ojiva en los compartimientos de las arcadas; los arcos de herradura, ya ensayando tímidamente la ojiva en las naves laterales, ya ostentándola gallarda en la del medio y en el crucero; la capilla mayor, alumbrada por airosa linterna gótica; el coro, espacioso y severo, labrado en nogal por el buril del siglo XV; los retablos, capillas y sepulcros platerescos; los púlpitos del crucero, gótico el uno, plateresco el otro, obras incomparables en su género, y sobre todo el último, que me recuerda la Cátedra del Bautisterio de Pisa; la sacristía mayor, construida por Covarrubias, y tal vez la mejor de sus obras; el grandioso retablo de Nuestra Señora la Mayor, obra de muy mal gusto, pero rico y espléndido por sus jaspes, sus bronce, sus estatuas y sus proporciones gigantescas; y por último, el claustro contiguo á la iglesia, que acredita la munificencia de don Bernardino Carvajal, Patriarca de Jerusalén, cerrado por bellas y gallardas ojivas, con trepados y cresterías engalanadas, la última y la más perfecta acaso de las obras que el arte gótico dejó en nuestra patria, forman, con otros diversos monumentos, tan rico museo de bellezas artísticas, que fuera necesario un libro para describirlas dignamente.

La catedral de Sigüenza es, pues, un ejemplar de los más acabados de la arquitectura religiosa de España; una página grandiosa del arte nacional, inspirado por la piedad y heroísmo de la Reconquista; una gloria española casi desconocida u olvidada.

La oscuridad en que por muchos años ha vivido Sigüenza, su aislamiento y su escasa importancia en el orden civil, han contribuido á este deplorable olvido de su joya artística, tan digna de consideración y de estudio. Los pocos viajeros que han recorrido nuestro país, estudiando sus monumentos, han pasado por alto esta ciudad, que fuera de su catedral, apenas tiene cosa notable á los ojos del arte. Sólo en estos últimos años, gracias al ferrocarril, que pasa lamiendo los muros de la población, han visitado la catedral algunos arqueólogos españoles y extranjeros. Todos han celebrado la majestad y belleza de este templo, todos han admirado su aspecto severo y sombrío, como retrato de las pasadas edades; pero pocos han fijado mientes en su significación y en su carácter histórico, como si España careciese de arquitectura propia en los días más brillantes y poéticos de su historia.

Ya es hora de que los españoles nos acostumbremos á discurrir sin andadores por el campo de nuestras glorias artísticas; que sin pedir á los extranjeros la clave, nos dediquemos á descifrar, á la luz de nuestra historia, los símbolos con que el arte ha representado el carácter nacional en los diversos períodos de su prosperidad ó de su decadencia.

La catedral de Sigüenza, que hoy reproducimos en nuestra *Revista*, es monumento á propósito para despertar el gusto de los españoles hacia el arte cristiano y para descifrar los caracteres propios de la arquitectura nacional.

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

—¡Quince días!—la decía Blanca:—echas demasiado largo: dentro de ocho días todo eso habrá concluido.

¡Excelentes proyectos! ¡Lindísimos castillos en el aire! ¡Y que el invierno debía ser de lo más encantador despues del forzoso retiro del verano!

Lacuzan se levantó, porque la conversacion llevada de nuevo á este terreno le destruía el alma.

¡Ocho días! ¡Quince días! ¡Ah! ¡Bien sabía el que ya no habría más fiestas ni bailes para la pobre María!

Una vez, mis lectores no lo habrán olvidado, una vez María planteó una extraña cuestion en el salon del castillo de Noyal, diciendo al círculo de admiradores que la rodeaba de continuo:

—Si la mujer á quien amais perdiera su belleza hasta el punto de venir á convertirse en un objeto de horror ó de lástima, ¿qué haríais?

Lacuzan respondió resueltamente:

—Yo de mí sé decir, que me arrodillaria delante de ella y la diria: Te amo cien veces, mil veces más en este momento, que no el día en que eras la más hermosa... y si no quisiera creerme, como quiera que ya no podría ser feliz en la tierra, la mataria.

Lacuzan había dicho esto.

Y lo había dicho en momentos solemnes.

Y lo recordaba.

Y aquella eventualidad extravagante, soñada por la imaginacion enfermiza de una doncella, se había ahora realizado.

María había perdido su belleza sin rival, hasta tal punto, que detrás de aquella máscara de satín color de rosa, se ocultaban motivos suficientes para excitar la compasion, casi el horror.

Lacuzan sentia un sudor frio por sus sienes, pues que mal de su agrado se le venia á la memoria su antigua promesa.

Una voz parecia gritarle dentro de sí mismo.

—¡Ella no puede ya ser dichosa!

¡Solicitaba esta voz un decreto de muerte?

¡Matar á María! ¡Oh Dios, qué horror!... Mas tened presente, que nos hallamos en el siglo pasado, en ese siglo engendrador del libre-pensamiento, en que se prescindia tan cómodamente de Dios.

Ella no podía ya ser dichosa en la tierra, y el que la amaba, no veia en aquel momento nada en el cielo.

Hubiérase dicho, al ver el rayo de inteligencia que brilló en los hermosos ojos de Blanca, hubiérase dicho que leia en el fondo de la conciencia de Lacuzan como en un libro.

¡Hacia ya tanto tiempo que era su hermana y su amiga!

¡Conocia tan á fondo su inteligencia y su corazón!

Palidecieron un poco las mejillas de la joven. Levantóse á su vez, y como no había allí nadie para servir la mesa, fué á coger tres copas de cristal tallado que estaban sobre un aparador lleno de primorosas esculturas. María meditaba. Lacuzan fijaba en el vacío sus ojos desconsolados. Ni Lacuzan ni María observaron á Blanca sacar de su seno un frasquito muy pequeño y volverse de espaldas un instante. Si la hubieran visto, hubieran hallado en ello motivo de sospecha.

—¡Vamos, hermanos míos!—exclamó—¡un brindis!

Tenía en una mano las tres copas en una bandeja, y en la otra una botella de licor de naranja.

—Despues que he sido yo la que hecho este licor, y no habeis querido todavía beber ni una gota. Eso es humillante para mí... ¿Me hareis justicia hoy?

Diciendo así llenó las copas. María tomó una. Lacuzan vació la otra de una vez.

—¡A la salud de todos tres, que nos queremos!—exclamó Blanca con acento de triunfo:

—¿Era por el gusto de ver que al fin habrían probado su licor de esencia de naranja?...

—Y es muy bueno,—dijo María volviendo á poner su copa sobre la mesa.

Unos momentos despues Lacuzan se pasó la mano por la frente y buscó con los ojos una silla. Blanca le acercó un sillon sonriéndose.

Lacuzan paseó alrededor suyo una mirada recelosa, y poco despues dejó caer sus párpados, algunas palabras no bien articuladas murieron entre sus labios. Dormía.

María se habia dormido ántes que él.

Blanca corrió hácia la puerta y la abrió.

—¡Chis, chis!—dijo,—poquito á poco.

Pichenet sacó en seguida su cara juvenil, mitad grave, mitad traviesa, de detrás del terciopelo del entapizado.

XVIII

Por la chimenea.

Tenemos que retroceder un poco.

La noche anterior, á eso de las cuatro, la señorita Blanca de Noyal se habia despertado á causa de un ruido muy particular que sonaba no lejos de su cama, y cuya naturaleza no podía adivinar.

Al principio tuvo miedo, porque despues de todo era una jóven; pero los sustos de Blanca no eran nunca muy duraderos. Sabemos ya que tenía un corazon valiente. Saltó de la cama y se puso una bata.

El ruido continuaba.

Parecia venir de la chimenea, y el sarro que comenzó á caer en el hogar, no dejó ya á la señorita de Noyal ni sombra de duda.

Pensó naturalmente que sería un ladron, que escogia aquel camino poco usado para introducirse en la casa, lo cual la tranquilizó por entero.

—¡Hola, hola!—gritó agachándose por bajo de la portezuela de la chimenea.—Trae usted mal camino, señor ladron, y va usted á caer mal.

—¡Señorita Blanca!—respondió una voz á lo lejos.—¿Es usted?

Todas las voces que hablan en las chimeneas parecen voces de deshollinadores; Blanca, que ya se la hacia el tiempo largo, se agachó de nuevo y dijo:

—El fuego está preparado, mocito, y no tengo más que encender. Busque usted fortuna por otro lado, ó de lo contrario le voy á ahumar á usted como un jamon.

—¡Oh! Señorita Blanca,—dijo la voz,—sería la primera vez que usted hiciera mal en su vida. Déjeme usted bajar, se lo suplico encarecidamente.

A fé mia que semejante ladron era gracioso.

Hablaba como la cancion que comienza: *A la luz de la luna...*

Abreme la puerta

Por amor de Dios.

Con todo, Blanca, que tenía ya la vela en la ma-

no para encender el fuego, se detuvo. Aquella voz de arrasca-chimeneas, era para ella el eco de otra voz...

—¿Quién eres?—gritó dibujándose una alegre sorpresa en su hermoso semblante.

—Soy...

Y la voz se detuvo un momento, y continuó:

—Vengo de parte de Alberto de Coetlogon.

Blanca posó la vela. Un ligero tinte encarnado enrojeció sus mejillas.

Despues no pudo ménos de sonreír pensando en el nuevo camino elegido por los mensajeros de su novio.

Miéntas tanto, mensajero, arranca-chimeneas ó ladron, se descolgó de pronto y vino á caer entre la ceniza, rodando luego hasta el medio del dormitorio.

El recién llegado estaba por todo extremo raro y extravagante, y recomendamos de paso á todos los demás héroes de novela que no elijan semejante camino, porque es imposible conservar el menor barniz poético con el hollín en las manos, en los ojos, en las mejillas, en la frente y en todas partes.

Blanca no podía contener la risa.

El recién venido estaba como cortado delante de ella.

—¡Oh! mi pobre Pichenet,—dijo al cabo Blanca,—no pensaba yo volver á ver á usted en esta forma.

—¡Ah! ¿me conoce usted todavía?—balbuceó el médico.

—Sí, sí, mi buen amigo,—le contestó la jóven;—le reconozco á usted perfectamente. Pero, ¿por ahí es por donde se viene de París?

Por más que Blanca se esforzaba en hablar con formalidad, no podía. Tan cómico estaba Pichenet con su aire compungido y grave bajo la máscara de sarro que hacia de él todo un negro.

—Me habian dicho que era usted un médico famoso, D. Adriano,—le dijo;—pues ya no tengo que volver á llamar á usted Pichenet... Me he acordado de usted muchísimas veces...

—¡Señorita!...

—Pero yo me representaba siempre al doctor Chaumel con unos puños muy blancos y un cuello planchado á la moda.

Diciendo esto, miraba la despiadada los puños y el cuello de Pichenet, que estaban negros como la tinta.

—Crea usted, señorita,—quiso interrumpirla de nuevo,—que un motivo muy grave...

Blanca sofocó lo mejor que pudo su pasion de risa, y tomó el talante de un juez que va á escuchar una defensa.

(Se continuará.)

POLIGRAFÍA

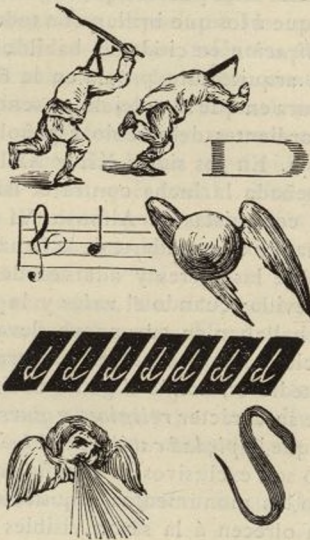
Formar con las 20 letras siguientes el nombre de un poeta italiano, de un crítico francés, y de un filósofo español:

B	O	Z	A	L
B	E	L	E	N
A	S	O	M	A
M	I	N	U	Y

Solucion del problema anterior:

TULIPAN.—HALCON.—SARDINA.

JEROGLÍFICO.



La solucion en el próximo número.

SOLUCION AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO 27

El mendigo y el monarca son iguales ante la muerte.

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 10.

SECCION DE ANUNCIOS

AGENDA DE BOLSILLO

PARA 1879.

Verdadero inseparable ó libro de memoria para 1879, con el calendario y Guía de Madrid.

PRECIO: DESDE 1 PESETA HASTA 19.

Los libros de memoria no necesitan elogios, pues todo el mundo sabe los grandes servicios que prestan.

DOS REALES EN TODA ESPAÑA

Calendario Americano para 1879, ó sea calendario español hecho en la forma del Americano, con una indicación el primer día de cada mes de los trabajos que deben practicar los jardineros y hortelanos, charadas, adivinanzas, segundillas, proverbios, refranes, anécdotas, etc. Este calendario, el más popular y útil como indispensable para hacerlo accesible á todas las clases de la sociedad, se ha establecido á un precio baratísimo.

AGENDA DE BUFETE

Ó LIBRO DE MEMORIA DIARIA PARA 1879

con noticias, Guía de Madrid y calendario.—Precios, desde 2 pesetas hasta 3,75.

Libro ya demasiado conocido como inseparable á todas las casas sin excepcion para insistir más sobre su utilidad. Se hallarán de venta en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Balliere, plaza de Santa Ana, 10 Madrid, y en todas las de provincias.

LA ILUSTRACION CATOLICA

DIRECTOR, D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PÁGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurren en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fén* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieren entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

LA CANTABRIA

POR

D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA

Individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia.

Esta obra notabilísima, celebrada por todos los más doctos críticos de España y del extranjero, se vende al precio de 12 rs. con lámina, y 6 rs. sin ella, en la librería de Murillo, calle de Alcalá, núm. 7.

En la misma librería se vende á 4 reales el folleto *La Cava y Don Rodrigo*, del mismo autor.

LIBROS

El Sr. PEREZ VILLAMIL ha hecho rebaja del 25 por 100 para los suscritores de LA ILUSTRACION, en los siguientes suyos:

La Peregrinacion Española en Italia, ó sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del Sr. Nocedal. Su precio, 16 reales, para los suscritores de LA ILUSTRACION 12.

Recuerdos del Monasterio de Piedra. Su precio 6 reales, para los suscritores de LA ILUSTRACION 4.

Los pedidos á esta Administración, calle de la Villa, núm. 4.